

ciales de las mismas. La fe es un acto de «todo el corazón» y, al destacar su carácter cognoscitivo, no puede olvidarse que tiene como sujeto a la persona humana en toda su complejidad.

La experiencia religiosa es estudiada desde diversos planos epistemológicos. El primero de ellos es el sociológico (el Capítulo II «La religiosidad de experiencia en España: Análisis de algunas encuestas» ha sido reelaborado por el traductor, Alfonso Ortiz, aportando los datos relativos a nuestro país); dentro del mismo se pueden situar los cuatro primeros Capítulos, en los cuales se analizan también los «nuevos movimientos religiosos» y el influjo de las religiones orientales. Posteriormente se pasa al plano psicológico: el Autor se detiene a analizar la llamada *experiencia cumbre* (siguiendo el estudio de A. H. Maslow sobre las «peak-experiences») o éxtasis. Viene luego el estudio fenomenológico, muy ligado al de R. Otto. Por fin, el Autor pasa al plano propiamente teológico, presentando un breve pero correcto esbozo de cómo se presenta la experiencia religiosa en ambos Testamentos.

La reflexión dogmática subsiguiente se confiesa explícitamente deudora de la teología de Karl Rahner, del cual el Autor asume acriticamente su teoría sobre la experiencia trascendental de Dios: lo específico de la fe cristiana sería tan sólo aportar una clara tematización categorial de una presencia de Dios que ya está actuando en todo hombre.

La pregunta conclusiva de este estudio resulta obvia: «¿Es posible una experiencia religiosa cristiana?» (pp. 223 ss.). Como era previsible, el Autor se decanta por una respuesta positiva. Ahora bien, dicha experiencia la concibe razonablemente como «una experiencia mediada por los signos de lo sagrado» (p. 225): la Iglesia que administra la Palabra

y los sacramentos, que conduce al encuentro personal con Cristo y en la cual actúa el Espíritu. Pero entonces cabe preguntar: ¿no se distorsiona el término *experiencia*? En efecto, una de las características del conocimiento experimental es su inmediatez, de modo que hablar de una *experiencia mediada* es tanto como hacerlo de un círculo cuadrado.

El Autor, tal como ya se ha dicho, realiza un análisis que es fundamentalmente correcto de los misterios de fe. Se le puede reprochar, sin embargo, cierta falta de criticismo, que se manifiesta en acudir eclécticamente a algunos autores —Rahner, Lonergan, etc.— y en ciertas inconsistencias conceptuales y metodológicas —por ejemplo, la extensa parte dedicada a la sociología tiene luego escasa relevancia en el posterior discurso sistemático.

Quizá el principal mérito de esta obra sea la intuición de la importancia que tiene en la vida cristiana el contacto con lo concreto —el trato personal con Jesús, la vida sacramental... La fe cristiana no tiene por objeto abstracciones, por eso desarrolla en el creyente un peculiar realismo.

J. M. Odero

Luis GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Ideas y creencias del hombre actual*, 3ª edición, ed. Sal Terrae, Santander 1993, 190 pp., 18 x 24

Se trata de una exposición del estado actual de la sociedad resaltando las ideas que predominan. El tema es interesante y el modo de exposición muy claro. Tras una introducción en la que estudia las relaciones entre fe y cultura, divide el libro en dos grandes bloques: la modernidad y la postmodernidad.

En la primera parte aborda temas como la secularidad, la mentalidad

científico-técnica, la voluntad emancipatoria, la fe en el progreso, la tolerancia y espíritu capitalista-burgués. En la exposición de cada tema hace un recuerdo histórico y pasa después a mostrar la situación reciente. La modernidad viene caracterizada como aquella actitud que coloca a la razón y el progreso por encima de cualquier otro valor. Esto trae consigo un olvido de todo aquello que no consiga estos fines. La espiritualidad y la relación personal con Dios quedan, por ello, al margen del interés del hombre moderno.

Pero la modernidad ya no interesa al hombre de hoy. Hemos pasado a la época de la postmodernidad en la que el individuo lo único que pretende es la vivencia del momento presente. No le interesan norma alguna y tampoco la razón constituye ya una guía. La única actitud a seguir es la que afirma: «es válido todo lo que me agrada».

Como el autor dice en la presentación, no existen individuos modernos o postmodernos en toda su pureza conceptual, aunque el A. quizá haga un reduccionismo de los comportamientos humanos. Presenta a todos los hombres con un modo de actuar determinado: quienes viven la modernidad y los postmodernos. Sin duda existen personas con ideas y actitudes como las que el libro expone, pero lo que no parece es que se trate de un modo generalizado de comportamiento.

El libro aparece lleno de citas bien entrelazadas y, en base a ellas, va exponiendo su tesis. Sorprende las escasas referencias a Juan Pablo II, cuando es sabido los importantes textos que tiene acerca del hombre actual y de la cultura, o por ejemplo al hablar de la actitud de Cristo y del cristianismo respecto a la mujer (Exhortación apostólica *Mulieris dignitatem*). Aparecen, sin embargo, numerosas referencias de autores a los que les concede una excesiva autoridad.

En el capítulo 1 se habla de la secularización como el proceso por el cual diversos ámbitos de la vida social son sustraídos a la dominación que la Iglesia venía ejerciendo sobre ellos. Distingue entre secularización y secularismo. Mientras la primera puede ser beneficiosa para la propia Iglesia, el secularismo —la actitud que acaba arrasando cualquier sentido de ultimidad y trascendencia de la vida— es un auténtico error.

Cuando desarrolla la voluntad emancipatoria del hombre de hoy, aunque explica el papel de la autoridad eclesial —distinguiéndola de la propia de una democracia— parece que lo único digno de mencionar es la actitud de la Iglesia en lo referente a su comportamiento con las mujeres, y llega a concluir que «alguien ha dicho que la Iglesia perdió en el siglo XVIII a los intelectuales, en el XIX a los trabajadores, y podría perder en el XX a las mujeres si no fuera capaz de comprender sus reivindicaciones legítimas» (pág. 110). Parece desproporcionado.

Como último aspecto de la modernidad expone el espíritu capitalista que se caracteriza por un exceso de individualismo y por la búsqueda egoísta del propio bien. Lo extrapola a la religión haciendo ver que éste modo de actuar no es el del cristiano, que debe esforzarse en buscar, sobre todo, el aspecto comunitario, antes que la salvación personal. En nuestra opinión, no hay por qué oponerlos dialécticamente.

Al final aporta algunas sugerencias para la pastoral. Las reduce a tres: revalorización de la experiencia religiosa, una teología que no maltrate al misterio y la reivindicación de un cristianismo festivo. Aparte de que la evangelización no ha de ir dirigida sólo a este tipo de personas, se podrían hablar de otros caminos también necesarios: des-

pertar la actitud oracional y la vivencia sacramental del misterio.

P. Estaún

David S. PLATT, *The Gift of Contingency*, Peter Lang, New York, 1991, XII + 208 pp., 15,5 x 23,5

David Platt es profesor emérito de Filosofía en Wilson College (Chambersburg, Pennsylvania), y tiene una experiencia docente de más de 30 años. En esta obra defiende la postura de que es posible hablar de la existencia de Dios mismo, como contingente. La concepción de un Dios no-necesario, según el autor, permite una adecuada construcción filosófica y religiosa.

La argumentación del libro puede resumirse en los siguientes pasos: 1. La contingencia puede concebirse como la nota de un existente que implica que existe, pero no siempre; esta nota, a su vez, implica una dependencia causal de otro existente. 2. Todos tenemos una profunda experiencia de la contingencia de la existencia y del mundo. 3. Esta contingencia, el carácter gratuito (y en el fondo no-explicable) del ser y de los acontecimientos, ha de verse bajo una luz positiva: como un «don», porque, entraña espontaneidad o gratuidad. 4. «Si la experiencia (nuestra) es contingente y Dios se manifiesta en la experiencia humana, parece que Dios también es contingente» (p. 83). La experiencia en el mundo, que refleja la realidad divina, nos lleva a sospechar la posibilidad, al menos, de que también la existencia de Dios es contingente. 5. Ahora bien, esta noción ha sido considerada generalmente odiosa, tanto desde la perspectiva metafísica como religiosa, por los siguientes motivos:

a) metafísicamente, una realidad contingente parece que ha de fundarse

al final en un ser necesario: si no existiera un ser absolutamente necesario, no existiría ningún ser contingente. Pero —argumenta el autor— ¿no parece la experiencia de la contingencia ser una experiencia absolutamente universal, y por tanto extensible hasta Dios? ¿No es posible que nuestro nacimiento y experiencias vitales sean dones dados por un ser que simplemente nos hace compartir su propia experiencia de contingencia?

b) religiosamente, la idea de contingencia en la divinidad está reñida con la de perfección soberana. Pero —objeta el autor— ¿por qué no puede haber una pluralidad de dioses contingentes, que se suceden o se solapan en la existencia, y que en conjunto fundamentan el ser del mundo? Dentro de esta perspectiva, es cierto, la fe no tendría ningún asidero fuerte; pero ¿no hay de hecho una oscuridad intrínseca a la fe, un abismo que el hombre salta sólo con la entrega de amor?

Como puede deducirse del resumen que acabamos de hacer, el autor presenta algunas intuiciones válidas: p. ej., calificar la experiencia —incluso contingente— como don. En efecto, puede pensarse válidamente que tanto lo bueno como lo malo en la vida, tomados en su totalidad, contienen una bondad de fondo. (Un filósofo diría: mejor es ser que no ser; un teólogo diría: detrás de todos los acontecimientos hay un designio providencial). En su apreciación positiva de la vida el autor conecta con una corriente actual, que se aleja de la angustia existencialista, y entiende la existencia no como átomo-en-soledad, sino como don-de-otro, que uno no origina y tampoco diseña, sino que más bien comparte.

La tesis central de la obra, sin embargo, no parece suficientemente respaldada por la argumentación del autor: 1) En primer lugar, la ilación de que Dios